

Las complejas relaciones entre contexto
y salud mental.

La locura de las naciones

Moisés Lemlij

Dos cosas son infinitas: el universo y la estupidez humana.

Albert Einstein

*Los hombres necesitan tanto a la locura que no estar loco
es otra forma de estar loco.*

Blas Pascal

Hay ocasiones en las que una nación entera parece enloquecer. El caso clásico es Alemania, la cultura que produjo a Goethe y a Beethoven, y que terminó creando la más espantosa maquinaria de muerte de la historia. También se podría pensar en la ex Yugoslavia, donde seiscientos años después de la derrota en Sarajevo los antiguos vencidos cobran venganza con gigantescos y sangrientos intereses. Más cerca nuestro, la Argentina de Galtieri y Videla, con sus miles de desaparecidos y su trágico final en Las Malvinas. Y, por supuesto, nuestro país, tantas veces nuestro país.

Entiendo aquí por "enloquecer" cuando se da un quiebre porque no se logra desarrollar estrategias para adecuarse a una realidad percibida como amenazante, sea porque no se sabe cómo defenderse o porque la percepción del medio es tan caótica que resulta abrumadora. La Organización Mundial de la Salud define la salud mental no solo como ausencia de enfermedad sino como una condición de bienestar que permite al individuo desarrollar plenamente sus capacidades y potencialidades físicas, mentales y sociales. Esto es, gozan de buena salud quienes se benefician de un ambiente favorable (seguro, sin ame-

nazas), viven en armonía con su entorno social (familia, trabajo) y ejercen una actividad que hace posible el despliegue de su creatividad. En suma, se trata de una compleja interacción de muchos factores.

Por supuesto, hay trastornos mentales de claro origen genético; por ejemplo, se sabe que el 1 por ciento de la población mundial (hombres y mujeres de cualquier raza y condición social) presentará un cuadro de esquizofrenia alguna vez a lo largo de su vida. Sin embargo, el curso, características y alcance de la enfermedad dependerán de las condiciones de vida del

**Cuando alguien así engancha con la
necesidad de dependencia de un pueblo
fraccionado y desvalido, cuando se inventan
enemigos, se despierta el odio, la envidia, el
sarcasmo y la burla hacia enemigos
inventados, cuando confiamos en la
omnipotencia de un héroe, hasta un Humala
puede ser cosa seria.**

individuo y del hecho de recibir o no tratamiento eficaz y oportuno. Se sabe también que los índices de suicidio varían mucho según la cultura, las condiciones de vida y hasta la religión.

No es difícil entender entonces que las condiciones políticas, sociales y económicas pueden influir en la salud mental y en el bienestar de las personas. La infelicidad y la morbilidad psiquiátrica aumentan cuando el tejido social se debilita y se vive un proceso de desorganización sociocultural. Es conocida también la larga lista de sufrimientos que acompañan de por vida a quienes han vivido una guerra o han sido víctimas de persecución política o de una catástrofe social o natural. Lo que no es tan fácil de entender es por qué poblaciones enteras actúan de una manera incomprendible.

Muchos han tratado de entender este tipo de fenómenos grupales y sociales. Quizá no haya una sino muchas explicaciones. Macchiavello se refiere a una encrucijada en la que convergen historia, coyuntu-

ra y un tipo particular de liderazgo. Si retomamos el ejemplo de Alemania, para comprender por qué las fantasías omnipotentes y sádicas del liderazgo mesiánico de Hitler acabaron seduciendo y siendo aceptadas por el pueblo alemán, tal vez habría que remontarse a los caballeros teutones, al militarismo prusiano, Bismark, la vieja tradición antisemita, la humillación de la derrota en la Primera Guerra Mundial, el colapso económico de 1929 y el liderazgo pusilánime de Hindenburg.

En el Perú habría que pensar en los conflictos fratricidas de las panacas incas, el drama de la conquista, la corrupción cortesana y barroca del virreinato, la desorganización y la mutilación de la independencia, la humillación de la derrota de la Guerra con Chile y, como dice Basadre, en la república de oportunidades perdidas y ocasiones desperdiciadas. Y en los últimos tiempos, en el autoritarismo y la arbitrariedad militar, la ineptitud pomposa, el caos, la corrupción y, por último, en el desconcierto y la desilusión.

Pero ¿cómo entender que después de los años del terror que produjeron 70.000 muertos sigamos empeñados en lo que parece una danza macabra que nos lleva al despeñadero con una mueca sarcástica en los labios? ¿Por qué intentos serios de reflexión como el de la Comisión de la Verdad y Reconciliación parecen no ser más que objeto de críticas y denigraciones? ¿Por qué siguen desperdiándose oportunidades como la que habría el Acuerdo Nacional? ¿Por qué se prefiere el vano disfrute del poder de decir "no" y del ataque hostil y burlón celebrado por la "masa festiva"?

El psicoanalista británico Bion afirma que cada grupo humano, sea este pequeño o una nación entera, actúa según "supuestos básicos". El primero es el de "dependencia", por el cual el grupo busca someterse a un líder que funcione como una madre o un padre todopoderoso que satisfaga todas las necesidades. Latente está la posibilidad de frustración y rabia si es que este dador supremo no cumple con las expectativas puestas en él. Otro supuesto es el de "ataque y fuga", que lleva al grupo a defenderse de la ansiedad aglutinándose en contra de un enemigo externo o dividiéndose en fracciones que acaban atacándose entre sí. Pueden también buscar al interior del grupo un chivo expiatorio o un cordero sacrificial. El grupo que actúa bajo el supuesto de "aparea-



"¿Por qué intentos serios de reflexión como el de la CVR parecen no ser más que objeto de críticas y denigraciones?"

miento" espera la aparición de un redentor que le permitirá salvarse. Si el liderazgo es adecuado, la coyuntura favorable y la misión clara, el grupo puede pasar a ser una organización de tarea. Esto es, a organizarse en torno de la consecución de objetivos que satisfagan los ideales grupales. El grupo se mantendrá unido en virtud de la empatía, la solidaridad y los valores compartidos.

Hay quienes consideran que un grupo tenderá a la desarticulación, el fraccionamiento y la desintegración cuando aparece la envidia. Esta se produce cuando un individuo prefiere destruir al objeto cuyas características desea poseer y no puede, en un intento por eliminar los sentimientos dolorosos que esta imposibilidad le provoca, sin tomar en cuenta las consecuencias que esto puede acarrear no solo para el objeto

envidiado sino inclusive para sí mismo. Se trata, pues, del inicio de un círculo vicioso. Esto es lo que hace de la envidia algo tan dañino, la vieja historia del perro del hortelano. El objeto envidiado acaba siendo transformado en un perseguidor, es decir, en un enemigo implacable al que se odia y al que, por lo tanto, se justifica atacar y destruir.

En momentos de desarticulación social, en épocas en que no entendemos por qué pasan las cosas —cuando hay cambios por flujos migratorios, cuando es más fácil importar papas desde Kansas City que desde Sicuani—, no es difícil encontrar continuidad y sentido a nuestra historia reciente, en la que la reiteración de la impunidad produce risa: es el tiempo de los piratas. No los de libros y CD: esos son las pequeñas pirañas. Me refiero a los tiburones, los que Brecht

decía que informaban a las sardinas lo maravilloso que era entrar en sus fauces, los que Rangell define como líderes narcisistas caracterizados por sentimientos de grandiosidad y omnipotencia, así como por una tendencia al exhibicionismo. La ambición y el deseo desbocado de poder son compañeros de esta manera de ser.

Pero cuando alguien así engancha con la necesidad de dependencia de un pueblo fraccionado y desvalido, cuando se inventan enemigos, se despierta el odio, la envidia, el sarcasmo y la burla hacia enemigos inventados, cuando confiamos en la omnipotencia de un héroe, hasta un Humala puede ser cosa seria. De Hitler también se burlaban los demócratas alemanes que lo calificaban de payaso. Ya sabemos cómo acabaron... O será que solo hay ocasiones (pocas) en que las naciones son cuerdas. ▲